

funda hipocresía ó profundísima envidia, servía la causa de la humanidad con su genio naturalmente envidioso, hablando mal contra la junta de salvación; pero esta se consolidaba merced á los triunfos de los ejércitos cuyo mérito se le atribuía.

1794. De manera que también en la montaña triunfante comenzaron las escisiones; los individuos de aquel gobierno se odiaban entre sí, pero les conservaba unidos la necesidad, y después de saciados de sangre celebraban juntos orgías horribles. Al principio las maldiciones habían caído sobre el rey; muerto este cayeron sobre los girondinos, diciéndose que *los hombres probos no tenían nunca energía*; exterminados también estos, quedaban Robespierre y Danton, y uno de los dos era preciso que fuese el blanco de todas las maldiciones. Tachar de moderación á Robespierre no era posible, pues que á todos odiaba, y de justificarse no tenía necesidad, porque pasaba por incorruptible y no gozaba fruto alguno de la Revolución. Con razón fué comparada esta á un carro que atropella á su propio conductor apenas acorta el paso. Danton se había detenido, y gozando pacíficos placeres que le hicieron disgustarse de los feroces desórdenes, habló de clemencia. Lo secundó Camilo Desmoulins, el cual escuchado del pueblo que le quería, combatía en el *Viejo franciscano* la anarquía sanguinaria, y traduciendo un pasaje de Tácito, comparó la época de Tiberio con el estado de Francia á la sazón, y propuso la formación de una junta de clemencia.

Omnipotencia de Robespierre. Robespierre se aprovechó de estas circunstancias para derribar al ayuntamiento y á todo el que quería contener la Revolución, y sometió al tribunal revolucionario á Danton, Desmoulins, Westermann, enemigo inexorable de los Vendeanos, y otros doce. Jóvenes enérgicos, se defendieron con el furor de quien es víctima de sus propios cómplices; y como su proceso podía llegar á ser terrible para sus antiguos compañeros y ministros, Robespierre exclamó: « No queremos privilegios; no queremos privilegios, » é instó para que se les declarase revoltosos y se les condenase apresurando los trámites. Preguntado Danton qué edad tenía, respondió: « Tengo los años de Cristo descamisado cuando murió; » y después de una defensa sublime por su elocuencia cínica y resuelta, dijo: « Mi domicilio será pronto la nada, » y mi nombre lo encontraréis en el panteón de la historia, » y añadió por último: « Muero contento porque conozco que mi muerte arastrará consigo la de Robespierre: el infame no tendría sino á mí para salvarlo. »

Así el terror se devoraba á sí mismo. Danton lo había creído una necesidad fatal; Robespierre una justicia, aunque rigurosa; aquel, guiándose por la oportunidad, creía que era ya tiempo de que cesase; Robespierre, mas lógico, quería conservarlo hasta la total regeneración de la sociedad. Saint-Just, en quien se veía aun mas claro que en Robespierre el fanatismo jacobí-

nico de la igualdad social, sostuvo el valor de aquel en el golpe hipócrita que dió; después del cual Robespierre, ya sin rivales, expuso sus doctrinas del modo siguiente: « El principio del gobierno democrático es la virtud, y el medio de establecerla el terror. Sustituir la moral al egoísmo, la probidad al honor, los principios á las costumbres, los deberes á la cortesía, el imperio de la razón á la tiranía de la moda, el desprecio del vicio al desprecio de la fortuna, la altivez á la insolencia, la magnanimidad á la vanidad, el amor de la gloria al amor del dinero, la sociedad de personas honradas á la elegante sociedad, el mérito á la intriga, el genio á la agudeza de espíritu, la verdad á la ofuscación, los gozos de la felicidad al tedio del deleite, la grandeza del hombre á la pequeñez de los grandes, un pueblo magnánimo, poderoso y feliz á un pueblo amable, frívolo y desdichado; es decir, todos los milagros y virtudes de la República á todos los vicios y ridiculeces de la Monarquía, tal es nuestro intento. » Para esto se requería un gobierno que atropellase por todas las dificultades, y Saint-Just añadía: « Un partido quiere transformar la libertad en bacante, el otro en prostituta. Tenéis cien mil presos y el tribunal revolucionario ha condenado ya á trescientos mil culpados. Pero en tiempo de la Monarquía había cuatrocientos mil presos; ahorcábanse al año quince mil contrabandistas, y tres mil hombres morían en la rueda: hoy mismo en Europa hay cuatro millones de encarcelados, cuyos gritos no oís, mientras vuestra moderación parricida deja triunfar á los enemigos del gobierno. Nosotros nos llenamos de reconvenções, y los reyes, mil veces mas crueles que nosotros, duermen en el delito. »

La plebe aplaudía, como aplaude siempre la exageración insensata, y de aquí se deducía la necesidad de medidas rigurosas contra los ultrarevolucionarios; de manera que el furibundo Hebert y Chaumette, apóstol de la Razon, se vieron aprisionados juntamente con los sospechosos que temblaban á su vista. La sentencia de todos fué la muerte, según costumbre; y como Hebert se lamentase y dijera que se había perdido la libertad, Ronsin exclamó: « ¡Perderse porque perecemos unos cuantos miserables! La libertad es inmortal; nuestros enemigos sucumbirán también y á todos sobrevivirá la libertad. »

De todas partes afluían mensajes de aprobación y felicitaciones, adulándose á la junta de salvación como á un rey. Saint-Just propuso nuevos actos de violencia, como la expulsión de todos los nobles y extranjeros, la abolición de los ministerios y la reducción de estos á comisiones de la junta; así se centralizó hasta la opinión, y Robespierre hablando de virtud en el tono y con las ideas de Rousseau, declaraba contra los enemigos de esta, es decir, contra los guillotinos, y defendía como polí-

Teofilauro-
Piszo.

« la inmortalidad del alma. « La idea de la nada, decía, ¿inspirará al hombre sentimientos mas puros y elevados que la idea de su inmortalidad? ¿Le infundirá mayor respeto á sí propio y á sus semejantes, mayor generosidad con la patria, mayor audacia contra la tiranía, mayor desprecio de la muerte ó del deleite? Los que lloráis á un amigo virtuoso, complacéis en pensar que la mejor parte de él se libró de la muerte. Los que gemís sobre el féretro de un hijo ó de una esposa, consoláos con las palabras de aquel que os dice que algo mas que un vil polvo queda de ellos. Infelices que morís bajo los golpes de un asesino, vuestro último suspiro es un llamamiento á la justicia eterna. La inocencia que desde el patíbulo hace empalidecer al tirano en su carro triunfal, ¿podría conseguirlo si la tumba igualase al opresor y al oprimido? »

7 de mayo.

« A estas ideas agregó la de la necesidad de las fiestas, é hizo decretar por aclamacion que « el pueblo frances reconocia la existencia de un Ser supremo y la inmortalidad del alma, » y que el culto mas digno de los Franceses era la práctica de los deberes del hombre. » Como consecuencia de esto, se estableció una serie de fiestas en honor de las diversas virtudes, y se reconoció asimismo la libertad de cultos. Toda Francia aplaudió aquel decreto, como habia aplaudido poco ántes el que mandó colocar en los altares á la diosa Razon, y las palabras *virtud* y *Ser supremo* se hallaban en los labios de todos. Robespierre sacrificaba á todo el que era contrario á la virtud; no habia escritor que no se hallase bajo la vaga amenaza del castigo preparado para los que *depravasen las costumbres*; y en el Panteon, al lado de Marat, se depositaron, traídas de la isla de los Álamos, las reliquias de Rousseau, de aquel Rousseau que habia declarado que le parecería cara la libertad comprada con la sangre de un solo ciudadano, de aquel Rousseau por cuyas doctrinas, sin embargo, se habian vertido torrentes de sangre.

Tales ideas de reparacion, todavía intempestivas, debian anunciar el decrecimiento de la influencia de Robespierre, y en efecto, contrariados sus planes por la junta, hubo de dejar la plena autoridad que disfrutaba en manos de Varénnes, Collot d'Herbois y Barrère, famoso este último por sus vicios elegantemente atroces, y que hacia traicion á todos los partidos, sin dejar por eso de compararse con Aristides y Ciceron. Este Barrère solia exclamar: « Acuñamos moneda en la plaza de la Revolucion. » Tambien es suyo aquel dicho: « Matemos; solo los muertos no vuelven. » Segun él, los individuos de la Convencion eran « personas insolentes, crueles, déspotas, brutales, que prevalecian ostentando virtud, que perseguian invocando las leyes, que ejercian sus venganzas hablando de justicia.

Robespierre se hallaba adulado como un rey, y aun venerado como un santo, rodeándolo

continuamente mujeres atentas á servirlo y conservarlo, y que le suponian dotado de una inspiracion superior. De reputacion immaculada, como se requiere para hacerse adorar de la multitud, sin la piedad que pierde á los revolucionarios, con el orgullo que decanta continuamente los propios méritos y los peligros, se habia formado un gran partido, en el cual creyó necesario apoyarse y exterminar á sus compañeros para conservar su influencia. Pero estos se apresuraron á ganarlo por la mano: Tallien lo denuncia de muchos actos de clemencia y de no amar á Marat; gritase *Abajo el tirano*; Robespierre es preso y luego absuelto; estalla la guerra civil; Barras se pone á la cabeza de las fuerzas; á Robespierre le falta la audacia para sostener al ayuntamiento, que proclama la insurreccion para defenderlo; en la montaña no ve mas que amigos tibios ó adversarios encarnizados; osa invocar en su defensa á los *hombres puros y virtuosos de la llanura*, pero estos le vuelven la espalda; en vano pide al *presidente de los asesinos* que le conceda la palabra; un diputado le grita: *La sangre de Danton te ahoga*: dispárase un pistoletazo, pero con esto no consiguió sino hacer mas espantoso su suplicio. Saint-Just, como Neron, busca un amigo que lo mate, y Lebas, á quien se dirige, le responde: *¡Cobarde! ¡imitame!* y se suicida: los demas no tienen valor sino para injuriarse y son cogidos vivos, y el tribunal revolucionario, satisfecho de hallar una ocasion de lavarse de la complicidad con ellos, los condena (9 termidor).

Solo los jacobinos habian comprendido el verdadero objeto de la Revolucion, que era elevar á los proletarios, cualquiera que fuese el medio, llevando por divisa: *Perezca el mundo, pero triunfen los principios*. La Convencion se suicidó matándolos, muerte que no tiene mas justificacion que el miedo de ser ganada por la mano. Desde entónces la Revolucion cesó de ascender, y comenzó á declinar el reinado de la inculta muchedumbre. Difundiése por todas partes una embriaguez de júbilo, creyéndose que muerto Robespierre todo debia cambiar; en las cárceles resonaban gritos de alegría y lo mismo en toda Francia; continuábase aun matando, pero tambien se perdonaba y excarcelábase en masa de la misma manera que se habian hecho las prisiones (L).

Llamóse de los *termidorianos* el partido que aquel día subió al poder, á cuya cabeza estaba Pichegru, conquistador de Holanda, el cual dejó alguna libertad á la imprenta, de manera que muchos periódicos y libros comenzaron á hablar otra vez de orden y de religion de los padres. Aun duraba la lucha entre moderados y exaltados, pero en breve fueron estos reprimidos, así como las sociedades populares que formaban un gobierno contra el gobierno, restringiéndose las nocivas prohibiciones económicas, y manifestándose cierta osadía hacia tiempo desconocida para reirse de los espantajos aristocráticos

Muerte de Robespierre.

27 de julio.

Los termidorianos.

EL TERROR. — LA VENDÉE. — CONSTITUCION DEL AÑO III 431

La pobreza, la afectada suciedad, que habian sido moda durante el terror, cedieron su puesto al lujo, á la elegancia, á fiestas, teatros y reuniones científicas; escribíase contra la *canalla revolucionaria*, adulándose á los elegantes, á la *juventud dorada*. Pensábase en cierta educacion moral que hiciese volver á los hombres al estudio de las artes y de la agricultura, para lo cual se propusieron medios de estímulo y de fomento; la efígie de Marat fué expulsada de los sitios públicos y su cadáver del Panteon; Sieyes volvió á hacer oír su voz; regresaron los proscritos girondinos, y la mujer de Tallien ejerció aquella influencia que un tiempo habia ejercido madama Roland. Ademas se restituyeron los bienes de los proscritos á sus familias; hubo quien se atrevió á proponer la tolerancia de cultos, y la amnistia en favor de los Vendeanos; se levantó la proscripcion de ciudades enteras como Lyon y Marsella; se abolió el tribunal revolucionario, eligiéndose aquel adjetivo á las instituciones; quitóse la guardia nacional entre las clases acomodadas; restituyéronse los templos á los Católicos, vendiéndose á precios mínimos los bienes nacionales, y por último se modificó la constitucion de 1793. Sin embargo, quedaban todavía leyes horribles, y solo con el rigor podian llevarse á cabo las que hacian referencia á la hacienda. Tan caro estaba todo en Paris, que se pesaba el pan como en un asedio, y se pagaban hasta 22 francos por una libra; el frio era intensísimo y no habia medios de calentarse; necesitábanse emitir 800.000.000 de asignados al mes, pero esto los desacreditaba, de manera que un luis en efectivo valia 200 francos en asignados.

1793. 20 de mayo.

Con esto se sublevó el pueblo gritando: *Vivan los jacobinos: pan y la constitucion de 1793*; pero la multitud, falta de jefe, fué dispersada, y como toda reaccion trae siempre venganzas, se cerró la sala de los jacobinos, palestra de jóvenes republicanos; se sujetó á muchos á juicio; los antiguos montañeses Barrère, Collot d'Herbois y Billaud-Varénnes fueron deportados y algunos individuos del tribunal revolucionario murieron en el suplicio, amen de otros que fueron asesinados por los particulares. En fin, una feroz matanza vengó á las ciudades que mas habian padecido, y hubo necesidad de publicar la ley marcial con nuevos rigores para reprimir la reaccion. Así, ahogado en torrentes de sangre el partido de la montaña, el miedo de recaer en el terror produjo el terror, enseñoreándose la anarquía del pais y no teniendo el gobierno fuerza bastante para reprimirla.

1794.

Entretanto la Francia extendia sus conquistas con aquella mezcla de entusiasmo, de generosidad, de codicia, de terror dentro y fuera del pais que fué el carácter de aquella Revolucion. Inglaterra habia calmado las turbulencias interiores suspendiendo el *habeas corpus* y tomando precauciones contra los extranjeros y los clubs. Pitt habria querido sostener á los realistas de Francia y comprimir la Revolucion;

pero Fox se opuso siempre á la guerra, injusta é innecesaria, decía, si bien útil á los ministros para alejar el contagio de la libertad. Mas que reprimir las doctrinas quiso Pitt, para engrandecer su nacion, aprovecharse de los desórdenes que habian causado. Así se enseñoreó del Mediterráneo, sitió la Córcega, pudo hacer un desembarco en la Vendée, amenazó á las Antillas y á Pondichery, declaró bloqueada á Francia, excluyendo de sus puertos aun á los buques neutrales, y reanimó los esfuerzos perezosos de los coligados. Los hombres de color habian arrebatado la isla de Santo Domingo á los Franceses, á los cuales hacian una guerra desapiadada; los Ingleses ocuparon la Martinica y establecieron en ella leyes moderadas; lo mismo hicieron en Santa Lucía y Tabago, de manera que ellos solos proveían de géneros coloniales á Europa. Entónces pensaron en consolidar su poder en la India y conquistaron el reino del Missore. Tiempo hacia que codiciaban como puntos de escala y baluartes el Cabo de Buena Esperanza y Ceilan, y la conquista de Holanda por los Franceses les dió ocasion para ocuparlos. La Isla de Francia y la de Borbon se sostuvieron por sí mismas.

Federico Guillermo II de Prusia, agotados sus recursos y viendo que sus esfuerzos no redundaban sino en provecho de Austria, se daba poca prisa para continuarlos: sin embargo, habiéndole suministrado Inglaterra dinero á manos llenas, prometió poner en campaña sesenta y dos mil hombres; pero las reyertas entre el duque de Brunswick y Wurmsen, general austriaco, impidieron la accion de estas tropas. Austria ardía en deseos de venganza, pero era débil y poco activa; Suiza, Dinamarca y Suecia se mantenian neutrales; Rusia se aprovechó de estas circunstancias para apoderarse de la Polonia sin que Inglaterra reclamara; entre las potencias italianas, débiles y á merced de los fuertes, solo el Piamonte continuaba la guerra, habiendo perdido ya á Saboya y Niza; la Holanda estaba bajo la influencia omnimoda de Inglaterra, y España hacia la guerra por cumplir con los deberes monárquicos.

Pero Francia tenia un millon doscientos mil hombres, y el ardor que á los demas países faltaba; los jóvenes recibian rápidamente su instruccion en la táctica militar y en el mando; se improvisó la escuadra, toda con oficiales nuevos, y la reconquista de Tolon llenó de orgullo á los Franceses, que creyeron poder desafiar en el mar á su rival, y arriesgándose á pelear con el almirante Howe, le hicieron pagar cara su victoria. Entretanto sus corsarios cubrian los mares, y en un año apresaron cuatrocientos diez buques á los Ingleses. Pronto vencieron en el Tech y pasaron los Pirineos; Massena tomó á Onella, y desde los montes de Tenda y del Cénis bajó la bandera tricolor sobre Italia. En el Norte al principio tuvieron mal éxito sus armas; pero con la victoria de Tur-

1º de junio.

coing (18 de mayo de 1795) Pichegru aumentó la fama del ejército francés, forzó el sitio de Ypres y tomó esta plaza. Jourdan, habiendo ganado en Fleurus una batalla decisiva, abrió a la Francia las puertas de Bruselas y de Bélgica; Condé, Valenciennes, Landrecies, le Quesnoy, fueron recobradas. Apenas se osaba pensar en la conquista de Holanda que no habían podido llevar a cabo Felipe II, ni Luis XIV; sin embargo, Pichegru pasó a pié enjuto el Mosa completamente helado, y secundado por los partidos entró en Amsterdam. La República Bátava se ligó entonces con Francia pagando 100,000 florines, cediendo la Flándes holandesa y agregándose el puerto de Flessinga. De esta manera quedó adherido a Francia el país mas rico, se quitó a los Ingleses la facilidad de hacer desembarcos, no dejándoles nada que perder en el continente, y se cambió la situación de Prusia.

La corte prusiana estaba sujeta a la influencia de Haugwitz y Luchhesini, políticos cabalistas a la antigua, que la habían separado de sus anteriores aliados, pero que viéndola amenazada por los flancos solicitaron entrar en pactos. También lo deseaba el emperador, aunque Austria no podía resignarse a la pérdida de los Países Bajos; y así se insinuó en los ánimos la idea de una reconciliación general. Francia no quiso admitir proposiciones sino sobre la base de extender sus fronteras hasta el Rhin; sin embargo, hizo en Basilea la paz con el rey de Prusia, el cual se constituyó mediador de una pacificación universal. Pero verdadera paz era imposible con la junta de salvación, junta no secreta y que se renovaba todos los meses por cuartas partes; de manera que fué preciso concederle facultades amplias para las negociaciones. Así la Francia volvió a entrar en relaciones con las demas potencias europeas, y sus prósperos sucesos vinieron a dar influjo a los moderados, y a quitar cada día mas pretextos para las ejecuciones capitales.

La Vendée, cuando vió la marcha que seguían los termidorianos, se calmó, y pudo cesar aquella triste guerra sin generosidad, ni combinaciones, ni gloria, ni resultados. También los chuanes de Bretaña depusieron las armas; pero Inglaterra, notando su importancia cuando vió al poder entrar en tratos con ellos, se preparó para reanimar aquel fuego. La miseria interior, que se hacía sentir hasta en el ejército, a quien todo faltaba, daba ánimo a las potencias extranjeras y a los realistas para hacer una tentativa. Con este objeto renovaron la lucha en la Vendée, tentaron la fidelidad de Pichegru, prodigaron el dinero, tanto mas eficaz cuanto mayor era la decadencia de la moneda nacional; y Charette y Stofflet, viendo que no se restablecía la antigua aristocracia como quizá se habían lisonjeado de que se hiciera, se dispusieron a tomar otra vez las armas. Inglaterra, que en esta lucha tenía la ventaja de recobrar un teatro de operaciones en Europa, proporcionó una escuadra a los realistas, los cuales desembarca-

ron en Quiberon (junio de 1795). Contra los Vendeanos fueron enviados Hoche y Canclaux, personas moderadas y cuyas operaciones fueron tan bien conducidas por su parte cuanto mal por la de los insurgentes. Puisaye, jefe de estos, que habia conmovido medio mundo, se mostró intrépido en los infortunios, pero se vió obligado a obedecer las órdenes de Luis XVIII y del conde de Artois. Los realistas vencidos, parte se ahogaron, parte se refugiaron en los buques ingleses, y parte se rindieron y fueron fusilados (1). Hoche supo mezclar la política con las victorias, respetando la religion y publicando la amnistía, y Charette entró en conferencias con Canclaux.

En el Rhin, Jourdan y Pichegru triunfaron y pasaron el rio en actitud amenazadora; el partido realista sucumbió en todas partes; tambien Moncey vencía en España, y al fin, despues de prolongadas conferencias, se hizo la paz. Inventada entre Hardenberg y Barthelemy la secularización de los principados eclesiasticos, la Prusia se aprovechó de las desventajas de Alemania para engrandecerse, ocupando a Nuremberg y a otros países, y haciendo que los Estados inferiores de la Franconia renunciasen al derecho hereditario. El dinero que Alemania pagó en contribuciones habria bastado para su defensa; pero cada cual pensaba en sí mismo, y nadie defendía la nación alemana.

Inglaterra se obstinaba en mantener las hostilidades que le eran necesarias para sus planes, a cuyo fin garantizó el empréstito austriaco de 115.000,000, y aumentó la propia marina desde ochenta a cien mil marineros. Al terminar la campaña de 1795, los Ingleses acusaban al ministerio de haber dejado perder la Holanda y los Países Bajos, sacrificado a los Vendeanos y prodigado tesoros. Fox y Sheridan atacaban violentamente a Pitt, exclamando que habia comprometido el honor británico; él respondía que la República estaba a punto de espirar; que apenas se consolidase un gobierno entraria con él en pactos, y entretanto rechazaba toda proposición de paz mientras la Francia conservase los Países Bajos.

Simon, tutor del niño Luis XVII, habia perecido con Robespierre; y el criollo Lorenzo, ménos feroz, fué nombrado para encargarse de la custodia de este niño, que no tardó en morir. Por manera que el conde de Provenza, tío suyo, tomó el nombre de Luis XVIII. La hermana del difunto fué canjeada por los miembros de la Convención que tenía prisioneros Austria, a pesar del elocuentísimo discurso de Fox y Pitt. Solo el rescate de Lafayette no quiso conceder Austria. El oro americano habia preparado la evasior de este; pero descubierto el proyecto,

(1) Charette escribía a Luis XVIII: « Señor, la cobardía de vuestro hermano ha causado la ruina total de nuestra causa. No podía presentarse en estas costas sino para perderlo todo ó salvarlo todo: su vuelta a Inglaterra ha decidido de nuestra suerte; no nos resta mas que morir inútilmente en vuestro servicio. »

su mujer y dos hijas se constituyeron presas con él en las fortalezas austriacas.

Entonces la Convención pensó en restringir su terrible poder con una nueva constitución. Generalmente se creía imposible la República, y no mas realizable el principio de la unidad proclamado en 1791, apreciándose mas la libertad inglesa; la pasada tiranía habia dado a conocer el valor de muchos derechos, y todos eran adversarios de las horribles leyes penales. Por el contrario, algunos no creían que los Estados Unidos y la Suiza fuesen todavía bastante republicanos, y recurrían a ejemplos de Roma. Así, pues, se estableció que no ya una cámara sola, sino un consejo de quinientos individuos mayores de treinta años, y que se renovase anualmente por terceras partes, propusiera las leyes; que otro consejo de ancianos compuesto de doscientos cincuenta individuos mayores de cuarenta años, casados ó viudos y sujetos a igual renovación, las sancionase, asociándose así, segun se decía, la razón y la imaginación. Un directorio de cinco individuos con ministros responsables debía representar el poder ejecutivo; todos los ciudadanos mayores de veintiun años obtuvieron el derecho de formar las asambleas primarias para nombrar las asambleas electorales, las cuales habian de elegir a los individuos de los dos consejos, y estos al directorio. Al mismo tiempo el poder judicial fué puesto en manos de jueces electivos; ninguna ley podía ser discutida sino despues de tres lecturas; se decretó la libertad de imprenta, se prohibieron las sociedades populares, se declararon expulsados los emigrados, sancionadas las ventas de bienes nacionales y libres los cultos sin estipendio del gobierno.

Los individuos de la Convención trataron de conservarse en la nueva; pero los periódicos y las secciones de Paris se sublevaron de comun acuerdo contra esta tiranía, pidiendo la elección de las asambleas primarias. En el tumulto que sobrevino, la Convención confió su seguridad y sus tropas al jóven Bonaparte, el cual en la calle de San Honorato ametralló al pueblo con resolución inexorable, como si se tratase de batallones austriacos, y dejando en el suelo de trescientos a cuatrocientos entre muertos y heridos. La Convención en esta primera batalla regular que sostuvo contra el motin, recobró su fuerza y no abusó de ella. Resuelta a terminar sus tareas con clemencia, apenas se hizo la paz general, declaró abolida la pena de muerte y proclamó el olvido de lo pasado; cambió el nombre de plaza de la Revolución en plaza de la Concordia, y se disolvió el 26 de octubre de 1795.

Su misión fué, no la de fundar la libertad, sino la de sostenerla en circunstancias peligrosísimas; y en tres años, un mes y cuatro días, expidió once mil doscientos diez decretos, descubrió trescientas sesenta conspiraciones, unas por declaración formal de toda la Asamblea, y otras por medio de sus comisiones é individuos,

y proclamó oficialmente la insurrección ciento cincuenta veces.

CAPÍTULO V

El Directorio. — El comunismo. — Buonaparte. — Campaña de Italia.

Habíanse consumado dos grandes actos de la Revolución, la Constituyente y la Convención, y se preparaba el tercero con el intermedio del Directorio. Cesaron entonces el dominio exclusivo y apasionado de las teorías y el fanatismo antireligioso, para dar lugar a las combinaciones de la necesidad práctica, no tratándose ya de aplicar el contrato social, sino de establecer un sistema político en armonía con el tiempo y los sucesos. La nueva constitución era una especie de conciliación entre la elección popular y la unidad; el clasicismo se ostentaba en las costumbres romanas, en las sillas curules, en la pretexto, en la púrpura, en la mano de la justicia, y las iglesias se trasformaron en templos al Genio, a la Concordia, a la Agricultura, a la Gratitud: religion toda de programa. A la cabeza del gobierno se habian puesto varios legistas y teóricos, temerosos del ejército: Rewbél, abogado de Alsacia, órgano de las envidiosas medianías; Reveillére-Lepaux, abogado de Anjou, adicto a los girondinos, que en nombre de la ley natural reprobaba las instituciones políticas y religiosas; Barras, vizconde provenzal, hombre de acción, que habia sacado a los convencionales de muchos malos pasos, y Carnot, genio de guerra, que entonces desplegó una moderación inesperada, en la cual lo secundaba Le Tourneur, honrado patriota. Sieyes, pensador de reputación, pero inepto para la práctica, hizo dimisión. Eran estos jefes procedentes de los diversos bandos, pero todos regicidas, elegidos por esto para dar seguridad contra la temida Restauración; hombres que habian jurado odio a la Monarquía, y que declararon día festivo el 21 de enero.

La Revolución habia abatido todas las eminencias; así como en el terreno si se levanta el primer estrato no quedan mas que piedras, así entre los directores ninguno poseía el genio necesario para restablecer el orden en lo interior y alcanzar el triunfo en lo exterior; y siendo una sola la cámara, todo desacuerdo en esta debía dar lugar a disensiones. Unas veces se favorecían opiniones amenazadoras para el orden público; otras el Directorio las deprimía arbitrariamente, alternando entre tentativas tiránicas y flaca negligencia, y viendo en todas partes conspiraciones, que en efecto nacían de tal mezcla de flaqueza y de arbitrariedad. Los directores, mas movibles que un ministerio segun el viento de la mayoría, antes que en los males de la República pensaban en las amenazas que se dirigían contra la autoridad por ellos representada, y contra la sociedad a quien defendían. Setenta periódicos reemplaza-

26 de junio.

1793.

5 de abril.

1795.

27 de junio.

Constitución del año III.

21 de julio.

1795.

5 de octubre.

8 de junio.

1795, 4 de noviembre.